

Amin Maalouf

Las Escalas de Levante



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les Échelles du Levant*
Traductor: Federico Romero Portilla

Primera edición: 1996

Cuarta edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 1996

© de la traducción: Federico Romero Portilla, 1996

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-117-7

Depósito legal: M. 21.362-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

23	Jueves por la mañana
69	Jueves por la tarde
119	Viernes por la mañana
151	Viernes por la noche
181	Sábado por la mañana
207	Sábado por la tarde
245	La última noche
261	Domingo

Para Odile Cail

Esta historia no me pertenece, narra la vida de otra persona. Con sus propias palabras, que sólo he corregido cuando me parecía que les faltaba claridad o coherencia. Con sus propias verdades, que valen lo que todas las verdades.

¿Me mentiría algunas veces? Lo ignoro. En todo caso, no acerca de ella, no sobre la mujer a la que amó, no en lo referente a sus encuentros, sus abandonos, sus creencias, sus desilusiones; tengo prueba de ello. Pero, respecto a sus motivos en cada etapa de su vida, a su familia, tan poco común, a esa extraña marea de su razón –quiero decir, esos flujos y reflujos incesantes de la locura a la prudencia y de la prudencia a la locura– es posible que no me lo dijera todo. Con todo, creo que hablaba de buena fe. Sin duda, con una memoria y un juicio poco firmes, lo admito plenamente. Pero siempre de buena fe.

Me crucé con él en París, en un vagón del metro, por pura casualidad, en junio de 1976. Recuerdo haber mur-

murado: «¡Es él!». Apenas necesité unos segundos para reconocerlo.

Hasta entonces, nunca lo había visto en persona, ni había oído su nombre. Sólo había observado una imagen suya en un libro, años atrás. No era un hombre ilustre. Bueno, en cierto sentido sí que lo era, ya que aparecía su foto en mi manual de historia. Pero no se trataba del retrato de un gran personaje, con el nombre escrito debajo. La fotografía mostraba una multitud agrupada en un muelle; en segundo plano, un paquebote que ocupaba todo el horizonte, salvo un cuadrado de cielo. El pie decía que, durante la Segunda Guerra, algunos hombres de nuestra vieja tierra habían ido a batirse en Europa, en las filas de la Resistencia, y que, a su regreso, habían sido recibidos como héroes.

De hecho, en el muelle, en medio de la muchedumbre, aparecía la cabeza de un joven embelesado. Cabellos claros, facciones tersas, un poco infantiles, el cuello inclinado hacia un lado, como si acabase de recibir un momento antes la guirnalda que lo adornaba.

¡Cuántas horas había pasado yo contemplando esa imagen! En la escuela tuvimos durante cuatro cursos seguidos el mismo manual de historia; se suponía que estudiábamos un período cada año: primero, la gloriosa Antigüedad, desde las ciudades fenicias hasta las conquistas de Alejandro; luego, los romanos, los bizantinos, los árabes, las cruzadas, los mamelucos; después, los cuatro siglos de dominio otomano; por último, las dos guerras mundiales, el mandato francés, la independencia... En lo que a mí respecta, era demasiado impaciente como para aguardar al desarrollo del programa. La historia era mi

pasión. Desde las primeras semanas, ya había recorrido todo el libro y no dejaba de leerlo y releerlo; una tras otra, las páginas iban quedando dobladas, arrugadas, escantilladas, subrayadas abundantemente, mancilladas con pintarrajos, con notas e interjecciones a modo de comentarios; al final, no quedaba de la obra más que un lamentable montón de hojas estropeadas.

Con ello quiero decir que tuve mucho tiempo disponible para escrutar aquella imagen y retener cada uno de sus detalles. ¿Qué es lo que me fascinaba de ella? Sin duda, en aquel rectángulo en blanco y negro, no mayor que la palma de mi mano, estaba todo lo que soñaba a esa edad: el viaje por mar, la aventura, la abnegación suprema, la gloria y, quizá más que nada, aquellas chicas con el rostro vuelto hacia el dios victorioso...

Y ahora, el dios estaba aquí. Delante de mí, en París, de pie en el metro, agarrado a una barra metálica; un desconocido rodeado por una multitud de desconocidos. Pero aún con aquella mirada embelesada, con aquellas facciones tersas de niño viejo, con aquella cabeza de cabellos claros, blancos hoy, ayer tal vez rubios. Y con el cuello inclinado hacia un lado, ¿cómo no reconocerlo?

Cuando se apeó en la estación de Volontaires, le seguí los pasos. Ese día iba yo a una cita, y tuve que elegir: a la persona que tenía que ver siempre podría volver a llamarla a media tarde, o al día siguiente; a él, estaba convencido de no volver a verlo nunca si le perdía el rastro.

En el momento de salir a la calle, se detuvo ante el plano del barrio. Se acercó hasta pegar la nariz contra él y, después, retrocedió, buscando la distancia adecuada. La

vista le traicionaba. Era mi oportunidad, y me acerqué hasta él.

—Quizá pueda ayudarle...

Había hablado con el acento de nuestra vieja tierra, que reconoció y recibió con unas palabras afables y una sonrisa benévola, a la que siguió rápidamente una viva expresión de sorpresa. Vi en ella, entonces, un signo de desconfianza, y no creo que me equivocara. Sí, desconfianza, e incluso una especie de espanto avergonzado. El de un hombre que piensa que tal vez le hayan estado siguiendo, pero no está seguro, y al que le repugna mostrarse injustamente arisco o descortés.

—Busco una calle que debe de estar muy cerca —me dijo—. Lleva el nombre de Hubert Hughes.

No tardé en localizarla.

—Aquí está. Han escrito sólo H. Hughes, en caracteres ilegibles...

—¡Gracias por su amabilidad! ¡Le agradezco que haya culpado a los autores del plano y no a mis viejos ojos!

Hablaba con una suave lentitud, como si tuviera que desempolvar cada palabra antes de pronunciarla. Pero sus frases eran siempre correctas, esmeradas, sin contracciones ni giros familiares; por el contrario, algunas veces hasta resultaban anticuadas e inhabituales, como si hubiera conversado más a menudo con los libros que con sus semejantes.

—En otros tiempos, me habría orientado por instinto, sin consultar siquiera un plano o un mapa.

—No está lejos. Puedo conducirlo hasta allí. Conozco el barrio.

Me rogó que no lo hiciese, pero era pura cortesía. Insistí, y llegamos en tres minutos. Se detuvo en la esquina

de la calle y la recorrió lentamente con la mirada antes de decir, un tanto desdeñoso:

—Es una calle pequeña. Una calle muy pequeña. Pero, al fin y al cabo, es una calle.

La extraordinaria trivialidad del comentario acabó por conferirle, para mí, cierta originalidad.

—¿Qué número busca?

Yo le ofrecía la ayuda del sentido común, ¿comprenden? No la aceptó.

—Ninguno en particular. Sólo venía a ver la calle. Voy a subir por ella y después bajaré por la acera de enfrente. Pero no quiero entretenerlo, tendrá usted sus ocupaciones. ¡Gracias por haberme acompañado hasta aquí!

En el punto en el que estaba, no queríairme así, tenía necesidad de comprender. La aparente extravagancia del personaje no había mermado mi curiosidad. Decidí ignorar sus últimas palabras, como si sólo fueran una cortesía excesiva.

—¡Esta calle debe de traerle a usted recuerdos!

—No. Nunca había estado en ella.

Caminamos de nuevo el uno al lado del otro. Yo, observándolo con ojeadas sucesivas, y él, con la cabeza levantada, admirando los edificios.

—Cariátides. Un arte sólido y tranquilizador. Una bonita calle burguesa. Un poco estrecha... Los pisos inferiores deben de resultar sombríos. Salvo, quizá, allá abajo, cerca de la avenida.

—¡Usted es arquitecto!

La frase me brotó como la respuesta a una adivinanza. Con un vacilante matiz interrogativo, el preciso para no dar la impresión de excesiva familiaridad.

—En absoluto.

Estábamos ya al final de la calle; él se paró en seco. Levantó la mirada para leer la placa azul y blanca. Después, la bajó, en señal de recogimiento; sus manos, que colgaban a lo largo del cuerpo, se juntaron, con los dedos curiosamente entremezclados, como para sostener un imaginario sombrero.

Yo me situé detrás de él.

Calle Hubert Hughes
Resistente
1919-1944

Esperé hasta que relajó la postura y se volvió hacia mí, para preguntarle, con voz vergonzante, como cuando se susurra en un entierro:

—¿Lo conoció usted?

Él me respondió, en el mismo tono confidencial:

—Su nombre no me dice nada.

Insensible a mi perplejidad, sacó del bolsillo un cuadernito y tomó unas breves notas, antes de decirme:

—Me aseguraron que había en París treinta y nueve calles, avenidas o plazas que llevan nombres de resistentes. He visitado veintiuna, antes de ésta. Me quedan diecisiete. Dieciséis, si excluyo la plaza Charles de Gaulle, que crucé en otros tiempos, cuando se llamaba de «l'Étoile».

—Y ¿piensa usted visitarlas todas?

—En cuatro días, tengo tiempo de sobra.

¿Por qué cuatro días? No se me ocurría más que una explicación:

—Después, ¿volverá a casa?

—No creo...

De pronto, dio la impresión de haberse sumido en sus pensamientos, muy lejos de mí y de la mencionada calle Hubert Hughes. ¿Tenía yo la culpa, por mencionar nuestra vieja tierra, el regreso? Aunque es posible que fuese la evocación de esos «cuatro días» lo que lo dejase tan meditabundo.

No podía entrometerme más a fondo en su alma. Por tanto, preferí desviar la conversación.

—Así pues, no conoció usted a Hubert Hughes; pero su interés por la Resistencia no será casual, seguramente.

Se tomó tiempo antes de responder. Tardaba en volver a tierra.

—¿Decía usted?

Tuve que repetir mi observación.

—Es cierto, yo estaba estudiando en Francia durante la guerra. Y conocí a algunos resistentes.

Estuve a punto de hablar de la foto, de mi manual de historia... Renuncié a ello de inmediato. Habría comprendido que le había seguido intencionadamente. Supondría que le había espiado, quizá durante días, que alimentaba alguna intención vil... No, más valía fingir ignorancia.

—Sin duda perdió a amigos en aquellos años.

—A algunos, en efecto.

—Y usted, ¿no empuñó las armas?

—No.

—Preferiría consagrarse a sus estudios...

—La verdad es que no... Yo también estuve en la clandestinidad. Como todo el mundo.

—No todo el mundo estaba en el maquis en aquella época. Me parece usted demasiado modesto.

Creí que iba a protestar. No dijo nada. Yo repetí: «¡Decididamente, me parece usted demasiado modesto!», en tono festivo y como si se tratase más de una conclusión que de una pregunta. Un viejo truco de periodista, que funcionó de maravilla, ya que, súbitamente, le ganó la locuacidad. Y, aunque sus frases seguían siendo lentas, no resultaban por ello menos encendidas.

—¡No le estoy diciendo más que la verdad! Pasé a la clandestinidad como otros miles de personas. No era ni el más joven ni el más viejo, ni el más medroso ni el más heroico. No llevé a cabo ninguna hazaña memorable...

Conseguía, mediante una suerte de elegancia en las palabras y los gestos, mostrarse indignado sin manifestar la menor hostilidad hacia un interlocutor tan insistente como yo.

—¿Qué estudios cursaba usted?

—Medicina.

—Y los reemprendería después de la guerra, imagino.

—No.

Un «no» demasiado seco. Había lastimado algo dentro de aquel hombre. Volvió a enfrascarse en sus pensamientos, antes de decirme:

—Seguro que tiene usted mil cosas que hacer. No quiero entretenerlo...

Me estaba despidiendo cortésmente. En efecto, debía de haber tocado un punto doloroso. Pero insistí.

—Tengo, desde hace tres años, una verdadera pasión por esa época: la guerra, la Resistencia... He devorado decenas de libros sobre el tema. ¡Cómo decirle lo que representa para mí el solo hecho de hablar con un hombre que vivió aquello!

Yo no mentía. Y, en cuanto a él, sentí que había aplacado un poco sus reticencias.

—¿Sabe usted? —dijo—, soy como un río represado durante demasiado tiempo. Si se abriese una brecha, ya no podría callar. Sobre todo, porque no tengo nada que hacer durante los próximos días...

—Aparte del inventario de las dieciséis o diecisiete calles que faltan...

Se echó a reír.

—Eso lo hago para llenar los días, mientras espero...

De nuevo sentí deseos de preguntarle qué esperaba. Pero la verdad es que tuve miedo de que volviera a refugiarse en sus pensamientos. Me pareció más prudente sugerirle que fuésemos a sentarnos en un café de la cercana avenida.

Cuando estuvimos instalados, en la terraza, ante dos cervezas negras, volví a la carga a propósito de sus estudios interrumpidos.

—El día siguiente a la Liberación, yo estaba sumido en una especie de borrachera. Me costó tiempo serenarme. Demasiado tiempo. Luego, ya no tenía la cabeza como para estudiar.

—¿Y sus padres? ¿No insistieron?

—El que quería ser médico era yo. Mi padre siempre tuvo otros proyectos para mí, habría querido...

Hizo una pausa. Una última vacilación, quizá, porque me miró prolongadamente, como si quisiera atravesarme de parte a parte antes de confiarse.

—Mi padre habría querido que yo llegase a ser un gran dirigente revolucionario.

No pude evitar sonreír.

—Sí, ya lo sé, en las familias normales el padre insiste en que su hijo haga la carrera de medicina y el hijo sueña con hacer la revolución. Pero mi familia no es de las que se pueden calificar de «normales»...

—Su padre debía de ser, si he entendido bien, un revolucionario de la primera hornada.

—Sin duda, él se habría descrito así. Digamos que, más bien, era un espíritu rebelde. Nada desabrido, entiéndame. Hasta jovial y vividor. Pero profundamente rebelde.

—¿Contra qué?

—¡Contra todo! Las leyes, la religión, las tradiciones, la política, la escuela... Sería demasiado largo de enumerar. Contra cuanto cambiaba y cuanto no cambiaba. Contra «la necesidad y el mal gusto y los cerebros mugrientos», decía él. Soñaba con gigantescos desórdenes...

—¿Qué le condujo a semejante actitud?

—Resulta difícil decirlo. Aunque la verdad es que, en sus primeros años, pasó por ciertas circunstancias que pudieron alimentar su resentimiento.

—Supongo que procedía de un ambiente modesto...

—¿Pobre, quiere decir? En eso no acierta usted, amigo mío, no acierta en absoluto. Nuestra familia...

Al pronunciar esas palabras, bajó los ojos, como avergonzado. Pero estoy seguro de que, más bien, pretendía disimular su orgullo.

Sí, cuando hoy vuelvo a pensar en ello, estoy convencido: era el orgullo lo que le avergonzaba cuando me dijo:

—Proengo de una familia que gobernó Oriente durante mucho tiempo.

Aquel día hablamos largo y tendido, hasta altas horas de la noche. Primero, en el café; luego, dando un paseo a través de la ciudad iluminada; por último, de noche, sentados en una *brasserie* de la plaza de la Bastille.

¿En qué preciso momento tuve la idea de hacerle contar toda su vida, de punta a cabo? Creo que desde nuestras primeras frases me sedujo por esa forma que tenía de evocar ciertos episodios, para mí extraordinarios, dando la impresión de querer excusarse. Esta modestia sin fingimiento me resultaba enormemente atractiva. Lo mismo que la fragilidad que traslucía en cada una de sus sonrisas, su mirada, que mendigaba mi aprobación y se inquietaba ante mis raros gestos de cansancio, sus manos, que revoloteaban sin cesar y sin cesar se arremolinaban o se encabalgaban la una sobre la otra, manos largas y tersas, que se adivinaba que nunca habían trabajado y que no siempre parecía saber para qué podían servirle.

Sería pesado explicar cómo obtuve su conformidad. Pesado y equívoco, ya que hoy sé que, si decidió prestarse al juego, fue por una razón que nada tuvo que ver con mis argumentos o mi habilidad.

Me explico: el célebre asunto para el que debía esperar cuatro días, y acerca del cual aún no me había atrevido a interrogarle, lo atormentaba sin descanso; no quería pensar en él y, a la vez, se sentía incapaz de pensar en otra cosa. Era ese miedo a encontrarse a solas consigo mismo, más que la nostalgia, lo que le había llevado a realizar el recorrido por las calles consagradas a los héroes de la Resistencia. El encuentro conmigo le ofreció una distracción aún más eficaz. Yo iba a acapa-

rarlo durante todos esos días de espera, a zarandearlo, a hacerle cosquillas, a acosarlo, obligándole a revivir hora por hora su pasado, en lugar de dar vueltas al porvenir.

Jueves por la mañana

Según mis notas, me encontré con él un miércoles. La mañana siguiente, estuvimos desde las nueve en la habitación de su hotel, estrecha pero de techo alto, con una tela color hierba, sembrada de anodinas margaritas, en las paredes; un extraño césped vertical...

Me invitó a sentarme en el único sillón; él prefería andar de un lado a otro por el cuarto.

—¿Sobre qué desearía que hablásemos en primer lugar?
—preguntó.

—Lo más sencillo sería comenzar por el principio. Su nacimiento...

Deambuló en silencio durante dos minutos largos. Luego, respondió con una pregunta.

—¿Está seguro de que la vida de un hombre comienza con su nacimiento?

No esperaba respuesta. Era sólo una manera de dar comienzo a su relato. Le cedí, pues, la palabra, proponiéndome intervenir lo menos posible.